

el concilio á su ciudad, hizo esta propuesta, la cual causó al principio mucho descontento. Pero por una consecuencia de los límites y de la naturaleza misma del corazón humano, que colocado entre dos pasiones ha de fomentar comunmente la una á espensas de la otra, el disgusto que causó á los griegos esta novedad, fué causa de que se olvidasen algun tanto de sus antiguas quejas, y amortiguó poco á poco su sensibilidad. La ley imperiosa de la necesidad hizo lo demás, pero con la condicion espresa de que no habian de estar en Florencia mas de cuatro meses. Publicóse la traslacion del concilio el dia 10 de enero del año 1459, en la décima-sesta y última sesion de Ferrara, en la cual no se trató de ninguna otra cosa.

Hubo en Florencia, entre los griegos y los latinos, diez sesiones en que solo se emplearon ocho dias mas del término prefijado, á saber: desde el 26 de febrero hasta el 6 de julio (1). El patriarca de Constantinopla, agoviado con la vejez y las enfermedades, no pudo asistir á ninguna de estas sesiones, á las cuales se dió principio disputando como en Ferrara y con tan poco fruto. Lo único que adelantó Paleólogo, el cual entró tambien en discusion con el cardenal Julian, fué adquirir la reputacion de una habilidad mas propia de un teólogo que de un emperador. Volvióse á renovar el gusto á las disputas: se nombraron de nuevo atletas por una y otra parte, y solicitaron los griegos que esta nueva lucha se tuviese fuera de las sesiones públicas; pero el Papa se negó firmemente á esta pretension, y quiso que si se habia de recurrir otra vez á la controversia y á las discusiones, fuese por lo menos en concilio pleno. Bajo este supuesto, Juan, provincial de los dominicos de Lombardia, ocupó principalmente la pa-

(1) *Cono.* t. 13, p. 223 et seq.

lestra en seis sesiones consecutivas, con Marcos de Éfeso, hasta que confundido este antagonista le abandonó el campo de batalla en las sesiones octava y nona.

Habiéndole obligado desde luego el provincial á convenir en que proceder era recibir el ser, y en que el Espíritu Santo recibia su ser del Padre, le propuso la objecion siguiente acerca de la sustancia del dogma, que por último se trató con seriedad: «El Espíritu Santo recibe la procesion de aquel de quien recibe el ser: es así que recibe su ser del Hijo, pues no hay mas que un ser en Dios; luego tambien recibe de él la procesion.» Corroboró el doctor este discurso con una multitud de pasajes de la Escritura y de testimonios de los Padres griegos y latinos, é hizo la aplicacion de ellos con tal destreza y precision, y de un modo tan esacto y convincente, que dejó muchas veces á Marcos sin poder contestar, á pesar de la volubilidad de la elocuencia y de los efugios de la dialéctica que le habian hecho famoso entre los mismos griegos. Co-tejando con muchos ejemplares antiguos llevados de Grecia un testo decisivo en que San Basilio, en sus libros contra Eunomio, dice espresamente que el Espíritu Santo procede, no solo del Padre, sino tambien del Hijo, causó Juan otra confusion al arzobispo de Éfeso; pues le hizo ver palpablemente la impostura y mala fé de los griegos, los cuales, en algunos ejemplares que presentaban por su parte, habian suprimido la palabra *Hijo*. No sabiendo Marcos qué responder, tomó el emperador la palabra y dijo que habia en Grecia otros muchos ejemplares en que nunca se habia leido aquella palabra, y que no era justo valerse de la casualidad de no poder presentarlos con motivo de la distancia de los lugares. «Pero, señor, replicó el cardenal Julian, cuando salisteis á pelear, ¿no debíais haber os provisto de todas vuestras armas? No

es tiempo de buscarlas cuando estamos en lo mas fuerte de la refriega (1).»

Volvió á inculcar Juan la autoridad de San Basilio, como que era del mayor peso para los griegos, y presentó muchos nuevos pasajes, especialmente de la homilia del Espíritu Santo, en que se esplica con tanta claridad la doctrina de los latinos que tampoco supo qué responder Marcos de Éfeso. Tomó otra vez la palabra el emperador, y como si hubiese callado el vencido porque empezasen á hacerle fuerza las razones de su contrario, dijo Paleólogo que en efecto habia motivo para dudar, y que se deliberaria acerca del asunto en ocasion mas oportuna. Tratando luego de los mediss pacíficos se detuvo en el pasaje de San Máximo, en que este Padre en una de sus cartas habla así del modo de pensar de los latinos sobre la procesion del Espíritu Santo: «No pretenden que el Hijo sea la causa del Espíritu Santo, supuesto que confiesan que el Padre es la causa única de las otras dos personas, del Hijo por la generacion, y del Espíritu Santo por la procesion, sino que entienden solamente que el Espíritu Santo procede por el Hijo, porque tiene una misma esencia.» Con cuyo motivo, observando el príncipe que los doctores latinos no tenían dificultad en confesar que el Padre es la única causa del Espíritu Santo, propuso á los obispos sujetos á su dominio que se resolviese la union, respecto de que el concilio aprobaria la carta y el modo de pensar de San Máximo. «Pues estábamos únicamente detenidos, les dijo, por el temor de que los latinos admitiesen dos principios del Espíritu Santo, ahora que claramente confiesan lo contrario, con razon se nos culparia á nosotros solos si nos obstinásemos todavia en permanecer separados.» Todos los prelados de Grecia aplaudieron la proposicion del emperador,

escepto el arzobispo de Éfeso y el de Heraclea.

Prévio el consentimiento de los obispos, quiso volver á oír al sábio provincial de los dominicos, pero pacíficamente y sin el aparato de la disputa, á fin de desvanecer todo género de duda, y tomar despues á pluralidad de votos una resolucion definitiva. Para que no hubiese ningun obstáculo en aquella ilustracion pacífica, prohibió á los arzobispos de Éfeso y de Heraclea que asistiesen á ella. No era necesaria esta prohibicion con respecto al primero, tan desairado en las últimas disputas, tan confuso y tan fuera de sí, que no se atrevia á presentarse en público. Segun algunos historiadores (1) estuvo para perder el juicio, y por lo menos tuvo algunos síntomas de delirio. Un dia le encontraron en la cama llorando y lamentándose de que «habiendo entrado de noche por el techo los cardenales, le habian dado mil azotés con unas varas encendidas.» ¡Tal era el temple de alma de este héroe del cisma, y tan grande es la afinidad que tiene el fanatismo con la demencia! Hallándose el dominico Juan sin antagonista en la sesion octava y en la siguiente, empezó á triunfar de que Marcos abandonaba el combate: pero el emperador le inspiró inmediatamente pensamientos mas graves y mas modestos, recordándole que ya no estaban reunidos allí por un espíritu de contencion.

Con esto volvió Juan á esplicarse con dignidad, y estableciendo por basa de sus aserciones la doctrina de San Basilio, mostró que este Padre, y con él los latinos, defendian que el Espíritu Santo, toma su ser del Hijo igualmente que del Padre, y que sin embargo, el Padre es la única causa del Hijo y del Espíritu Santo. Se fundó en estas palabras del Evangelio: *El Consolador, el Espíritu de verdad que procede del Padre, y que*

(1) Antonin. *tit.* 22, c. 12.

(1) Joseph Methon, in *t.* 13 *Cono.* p. 679.

yo os enviaré en nombre de mi Padre; é insistió particularmente en estas palabras: que yo os enviaré. Despues refirió un gran número de testimonios de los Papas San Leon y San Gregorio, de San Ambrosio, San Gerónimo, San Agustín y otros muchos santos doctores. En la sesión nona volvió á tratar el mismo asunto y citar en su apoyo la tradicion y la autoridad, y mostró que los textos del nuevo testamento que citaban á su favor los latinos, habian sido entendidos en el mismo sentido por todos los griegos que vivieron en los siglos tercero, cuarto y quinto, mucho tiempo antes del cisma de Focio; que esta doctrina habia sido mirada unánimemente como muy ortodoxa por griegos y latinos; que entre los mismos griegos que hablaron de la procesion del Espíritu Santo, muchos habian dicho en términos formales ó equivalentes que procede y recibe el ser del Padre y del Hijo; muchos, que procede del Padre por el Hijo, lo cual venia á ser lo mismo; algunos, que procede del Hijo y por el Hijo, y ninguno que procede solamente del Padre; lo que habria sucedido sin duda alguna, añadió, si fuese falso que procediese del Hijo. Por último, recapitulando todo lo que se habia dicho en los debates precedentes, puso á la vista la substancia de todas las pruebas y de todas las objeciones. Así estuvo hablando en estas dos sesiones ocho horas cabales, con toda la erudicion, sagacidad y fuerza imaginable, y despues presentó por escrito un extracto de su discurso á fin de que los griegos pudiesen examinarle despacio, como lo deseaban, en una asamblea particular de su nación.

En ella fueron muy varios los dictámenes, pues unos no hallaban ya nada que desear para abrazar la union, y otros procuraban retardarla con todo género de artificios, llevados de una ciega resistencia, pero sin alegar ningun motivo de su modo de

pensar. Marcos de Éfeso, que no veia entonces ningun contrario con quien luchar, habia vuelto á alentarse y se esplicó con una arrogancia insultante. Desechó con desprecio el dogma de los latinos, y llegó al extremo de calificarle de heregia (1). Al contrario Besarion, abandonándose á las impresiones de la verdad y de la rectitud de su conciencia, dijo que lo único que faltaba era glorificar á Dios; que él reconocia de buena fé en la doctrina romana la de los antiguos Padres de Grecia; que si algunos de ellos habian hablado de un modo oscuro, era necesario explicarlos por los que se habian expresado claramente; que era cosa vergonzosa verse reducidos á decir con palabras vagas, á ejemplo de Marcos de Éfeso, que las obras de los Padres griegos habian sido corrompidas por los latinos, como si no fuese notorio que todos los ejemplares antiguos se sacaron de Grecia y fueron copiados por los mismos griegos; que por otra parte, era absolutamente necesario conciliar á los doctores de la Iglesia de Occidente y á los de Oriente; que si en algunos pasages parece que hay oposicion entre ellos, es indispensable mostrar por el texto de la doctrina, como cosa necesaria á la fé, que estas contradicciones solo son aparentes; y en fin, que si antes del concilio eran escusables los griegos en su separacion de la Iglesia romana, no podian ya continuar en el cisma sin hacerse reos de un delito gravísimo, despues de haber sido iluminados con una luz tan copiosa y resplandeciente. Parece que este griego, lleno de rectitud y de generosidad, temió que un carácter tan ajeno de lo que se acostumbraba en su patria, le produjese mil disgustos si volvía á ella. Se quedó pues en el centro del catolicismo, donde fué elevado despues á la dignidad de cardenal, y se distinguió por

(1) Tom. 13 Conc. ps 363, 392 et seq. (1)

su destreza é inteligencia en unos asuntos enteramente nuevos, no menos que por su doctrina y por su piedad eminente. Jorge Scolario, senador muy versado en la teología, apoyó el dictamen de Besarion é insistió en la falsedad del pundonor que todavia se alegaba para no mudar de partido, ya que los nuevos conocimientos que habian adquirido mostraban claramente la verdad. Para promover la union hizo tres discursos, que con otros muchos pronunciados igualmente por los griegos en el concilio de Florencia, manifiestan una gran superioridad de ingenio y sobretodo de cultura sobre los oradores latinos de aquel tiempo. Pero nos limitamos á los cortos análisis que hasta ahora hemos presentado de ellos; y aunque tal vez hayan parecido ya demasiado prolifos en vista de la aridez de una materia tan abstracta, nos ha parecido que debian entrar indispensablemente en nuestro plan, el cual nos obliga á dar nociones exactas sobre todo lo que pertenece al dogma.

Se entregaron á los griegos copias de los discursos de Besarion y de Jorge Scolario, como tambien del que hizo el provincial dominicano, á fin de que los examinasen despacio é hiciesen acerca de ellos las observaciones que les pareciese. Emplearon en esto mas de dos meses, en cuyo tiempo se dedicaron especialmente al examen del doctor latino con toda la exactitud que debia esperarse de la emulacion nacional. En fin, como no habia ya que esperar otras noticias, se trató de tomar una resolucion definitiva. Queriendo absolutamente el emperador terminar este asunto, y viendo que nada se adelantaba con las conferencias, con las disputas y controversias, fué á buscar al Gefe de la Iglesia, el cual le persuadió que se valiese de la autoridad como del único medio establecido por Dios para fijar en materia de Religion la inestabilidad del entendimiento humano. Se convino en nombrar por una y otra

parte diez personas, á fin de que opinase cada una sobre los medios mas á propósito para concluir de una vez; se propusieron recíprocamente varias fórmulas de creencia, se usó de toda la condescendencia compatible con la seguridad y pureza del sagrado depósito, y cuando el emperador vió el asunto en este estado, mandó que se juntasen todos sus prelados en casa del patriarca, para que diesen su parecer y se formase la decision á pluralidad de votos.

El virtuoso patriarca, ocupado enteramente con la idea de la última cuenta que habia de dar muy en breve al Juez supremo, y determinado, segun se esplicó, á reunirse á la Silla apostólica aun cuando el emperador no tomase este partido, empezó opinando de un modo razonado y fundado en sabias reflexiones. «Supuesto, dijo, que los Padres de Oriente y Occidente enseñan en unas partes que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y en otras que procede del Padre por el Hijo, lo cual significa una misma cosa; no obstante, sin servirme de esta expresión *del Hijo*, digo que procede del Padre por el Hijo, entendiéndose por esto que el Hijo es causa en la procesion del Espíritu Santo. Estoy perfectamente unido con los occidentales, que dicen que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, pero no decido que deban añadirse estas palabras al simbolo, ni que debamos mudar nuestros ritos al recibir la union.» Despues del patriarca, dijo el emperador que él reconocia por ecuménico el concilio de Florencia, y que creyéndose obligado en conciencia á seguir el dictamen del mayor número de los Padres, se sometia á él con entera docilidad; pero sin que el Occidente obligase á los griegos á añadir nada al simbolo, ni hiciese alguna alteracion en sus ritos. Isidoro de Rusia, Besarion de Nicea, el arzobispo mismo de Heraclia, que antes era contrario á la union, casi todos los vi-

carios de los patriarcas de Alejandria, Antioquia, Jerusalem y otros obispos, en número de diez, dieron su consentimiento en esta primera asamblea. Los contradictores mas obstinados fueron Marcos de Éfeso y Sofronio de Anquiala. En otra asamblea celebrada poco despues, reconocieron todos unánimemente, á escepcion del arzobispo de Éfeso, que el Espíritu Santo procede del Padre por el Hijo, como que es consubstancial con él; y aun confesaron que procede del Padre y del Hijo, como de un solo principio y de una sola substancia, y por una sola espiracion ó procesion. Sin embargo, hubo todavía algunas dificultades por una y otra parte acerca de las varias fórmulas que se dispusieron en los dos partidos para enunciar esta doctrina, y especialmente acerca de estas palabras: *por el Hijo*, en las cuales se habian fijado los griegos; pero estos dieron por último una declaracion que dejó plenamente satisfechos á los occidentales.

Ya no se trataba mas que de convenir en los otros artículos, á saber, en la primacia del Papa, en el modo de ofrecer el santo sacrificio y en el Purgatorio. Fué fácil uniformarse en los dos últimos, con la condicion de que no se especificase la naturaleza de las penas del Purgatorio, y que los griegos confesasen que la materia del sacrificio se convierte en el Cuerpo de Jesucristo por las solas palabras de la consagracion, independientemente de la oracion que ellos añadian. En cuanto á la primacia, solo querian reconocerla en general, y no para el efecto especial de apelar á la Santa Sede de las sentencias de las sillas patriarcales, ni de poder celebrar los concilios ecuménicos sin la intervencion del emperador y del patriarca, y llegó á tal punto esta dificultad, que faltó poco para que se perdiese todo lo que se habia adelantado hasta entonces. No obstante, se logró la conciliacion por medio de los temperamen-

tos y esplicaciones; y todos los griegos abrazaron por fin la union con entera libertad, segun el testimonio auténtico de Besarion, el cual exceptúa solamente á Marcos de Éfeso y á un discípulo de este, llamado por algunos autores Jorge Scolario, pero muy diferente del sábio y piadoso senador del mismo nombre que fué despues patriarca de Constantinopla.

En este intervalo habia muerto el patriarca José, antes que se tomase una resolucion definitiva, con los mas vivos deseos de ver su grey reunida con toda la Iglesia bajo del cayado de Pedro. Murió de repente, despues de haberse explicado por escrito en estos términos: «José, por la divina misericordia, arzobispo de Constantinopla, la nueva Roma, y patriarca ecuménico: acercándose el término de mi vida y hallándome próximo á pagar la deuda comun á todos los mortales, escribo por la gracia de Dios, suscribo y manifiesto mis sentimientos sinceros á mis amados hijos: creo todo lo que cree y enseña la Iglesia católica y apostólica de nuestro Señor Jesucristo, la de la antigua Roma, y declaro, que abrazo todos los artículos de esta creencia. Confieso tambien que el Papa de la antigua Roma es el Padre de los Padres, el Sumo Pontífice y el Vicario de Jesucristo, para corroborar la fé de todo el mundo; y creo igualmente el Purgatorio de las almas.» Dispuso el Papa que á un prelado tan digno se le hiciese un entierro magnífico en el monasterio de los dominicos donde tenia su alojamiento. Oficiaron los prelados griegos segun su rito, y asistieron á la funcion todos los cardenales y obispos latinos.

Se celebró por fin el dia 6 de julio de 1459 la décima y última sesion regular del concilio general de las dos iglesias para la publicacion del decreto que se habia preparado con tanto esmero. Estaba concebido en estos términos, que el cardenal Julian

puso en latin, y Besarion de Nicea en griego (1): «Eugenio, obispo, siervo de los siervos de Dios, para perpétua memoria. De comun acuerdo y consentimiento con nuestro muy querido hijo en Jesucristo, Juan Paleólogo, ilustre emperador de los romanos, con los que ocupan el lugar de nuestros venerables hermanos los patriarcas y los demas diputados de la iglesia oriental, en nombre de la Santa Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, con la aprobacion de este santo concilio ecuménico congregado en Florencia, definimos lo que todo cristiano debe creer y profesar, á saber: que el Espíritu Santo es eternamente del Padre y del Hijo; que recibe su esencia y su ser subsistente del Padre y del Hijo juntamente, y que procede del uno y del otro eternamente, como de un solo principio y por una sola espiracion; declarando que los santos doctores y los Padres que dicen que el Espíritu Santo procede del Padre por el Hijo, entienden y dan á entender con estas palabras que el Hijo, igualmente que el Padre, es la causa segun los griegos y segun los latinos el principio de la substancia del Espíritu Santo: y como el Padre, enjendrando eternamente al Hijo, le comunica todo lo que tiene él en sí mismo, á escepcion de la paternidad, le da tambien desde *ab aeterno* aquello en que el Espíritu Santo procede de él. Definimos tambien que la esplicacion hecha por medio de esta palabra *Filioque*, para ilustrar la verdad, segun era necesario entonces, se añadió al símbolo legítimamente y con razon. Declaramos asimismo que el Cuerpo de Jesucristo se consagra verdaderamente en el pan de trigo, ó fermentado ó ázimo, y que los sacerdotes deben usar el que se acostumbra en su iglesia, sea oriental ú occidental; que las almas de los verdaderos penitentes que mueren en

gracia de Dios antes de haber expiado con frutos de penitencia sus pecados de comision ó de omision, son purificados despues de la muerte con las penas del Purgatorio, y que reciben alivio con los sufragios de los fieles vivientes, por ejemplo, con el sacrificio de la misa, con las oraciones, limosnas y otras obras piadosas que hacen los fieles por los otros fieles, segun las instituciones de la Iglesia; que las almas que no contrajeron ninguna mancha de pecado despues del bautismo, y las que habiéndolas contraído, las borraron en vida ó despues de la muerte del modo que acabamos de decir, entran al momento en el cielo y gozan de la clara vision de Dios, mas ó menos perfectamente, segun la diferencia de sus méritos; en fin, que las almas de los que mueren en pecado mortal actual, ó con solo el pecado original, bajan inmediatamente al infierno, donde son castigadas, aunque con desigualdad. Definimos tambien, que la Santa Sede apostólica y el Pontífice romano tiene la primacia sobre toda la tierra; que es el sucesor de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, el verdadero Vicario de Jesucristo, la Cabeza y Gefé de toda la Iglesia, el Padre y el Doctor de todos los cristianos; que Jesucristo le dió, en la persona de San Pedro, la plena potestad de apacentar, de arreglar y de gobernar la Iglesia universal, como se explica en las actas de los concilios ecuménicos y en los santos cánones; renovando además las disposiciones canónicas acerca de los demas patriarcas, de suerte que el de Constantinopla sea el segundo, ó inmediatamente despues del Papa; el de Alejandria el tercero, el de Antioquia el cuarto, y el de Jerusalem el quinto, sin tocar á sus derechos ni á sus privilegios.»

Fué firmado este decreto por el Papa, por ocho cardenales, por los dos patriarcas latinos de Jerusalem y de Aquilea, por ocho arzobispos, por cuarenta y siete obispos,

(1) *Conc. t. 12, p. 510.*